

Aspasia no hubiera contestado otra cosa á Alcibiades ó á Sócrates.

¡Pobre Fernanda! menester es que hubiese sufrido mucho para escribir tan delicioso billete.

IX

Desde el día siguiente la vida pública y privada de Fernanda sufrió un cambio radical. Ruido, movimiento, conciertos, espectáculos, nada bastaba ya á la necesidad que de distraerse sentía la joven; quiso que de nuevo la adoraran; convirtiéndose otra vez en el alma de esa vida frívola á que en París se apellida vida elegante, y sus salones volvieron á ser el sitio de reunión de los pisa-verdes más famosos, una sucursal del *Jockey-Club*. Abandonó lectura, pinceles y estudios, y entregóse á un movimiento incesante, á la fatiga física para dar un poco de reposo al alma. La vida de cortesana, olvidada por un instante, subió otra vez del fondo á la superficie, y el recuerdo de Mauricio fué relegado á los más profundos y secretos abismos de su corazón, de su corazón, que durante el invierno rindiera á éste el culto del amor más puro.

El conde de Montgiroux, cuya presencia había introducido en casa de Fernanda todo este cambio, cada día estaba más enamorado de su querida, pero también más celoso. Fernanda, al recibir en su casa al conde, había calculado lo que hacía, pues se reservara el goce completo de su libertad. Más afortunada que no lo son las mujeres casadas, que no pueden amar á otro hombre sin hacer traición al marido, Fernanda no había engañado nunca á un amante; pero sí exigía siempre una independencia absoluta; no cabía sino renunciar á ella ó fiar en su palabra. Quería ser libre de admitir en su casa á quien se le antojase, pasearse en su coche con quien más bien le pareciese y hacer los honores de su morada al que le pasase por la cabeza. Esta condición tácita im-

puesta en el trato que estipulara con el de Montgiroux, sacaba de quicio al pobre par de Francia; el cual, dominado de una parte por los temores que en parecidos casos le inspiraban sus antiguas relaciones con la señora de Barthele, y retenido por otra por el qué dirán, no podía seguir á Fernanda en todos sus placeres. Esto, unido á las comparaciones que establecía entre los veintidós años de la joven y los sesenta inviernos que estaba agradecida á las atenciones de que le rodeaba el conde, y, sintiendo como sentía ella rabiosos celos, se compadecía de los que éste experimentaba. Resultaba de ello que mientras Montgiroux se encontraba al lado de Fernanda y tenía la mano de ésta en la suya, estaba tranquilo y se sentía casi dichoso; pero tan buen punto se separaba de su querida, apoderábase otra vez de él, más vivo y penetrante, el infierno de los celos, acosado por la idea de que la dejaba rodeada de jóvenes para quienes debía sentir todas las simpatías de la edad. Con todo si, de haber estado dotado de la facultad de leer hasta el fondo del alma, alguien hubiese podido comparar la situación del conde con el estado de la mujer que inconscientemente era causa de ella, indudablemente hubiera envidiado al primero.

Realmente Fernanda, como ya hemos dicho, no se había librado á la vida de disipación y de escándalo sino para huir de sí misma. Mientras volaba arrastrada por dos fogosos corceles; en tanto se abandonaba á la embriaguez que en ella producía la voz de Duprez ó de Rubini; mientras se sonreía deliciosamente cual la señorita Mars en la Comedia antigua, ó lloraba con el drama moderno; en tanto se veía adulada, galanteada, ya como reina de sus salones, ora como el alma de una alegre comida, bien ó mal lograba su propósito; pero cuando

una vez á solas, la realidad, suspendida sobre su cabeza cual la espada de Damocles, cortaba el hilo que la sujetaba, la infeliz caía de nuevo con el corazón traspasado de dolor al peso de la piedra de Sísifo, á la que no podía subir hasta la cima del olvido.

Entonces el abatimiento de Fernanda asumía un carácter espantoso; y tanto temía á la soledad la joven, que retenía á su lado á sus adoradores más enojosos y aun á los más antipáticos, para no sentirse rodar á los abismos de su pensamiento. Nada era parte á arrancarla de semejante marasmo, lectura, ni música, ni pintura; si su fuerza de voluntad la sostenía algunas veces; si en su soledad conseguía olvidar por acaso la perenne preocupación que la atormentaba, su conciencia, más poderosa que su voluntad, la aguardaba en las horas de descanso. ¡Qué sueños delirantes de ventura ó atroces de desesperación los suyos! Cuando no oprimía á Mauricio entre sus brazos, le veía en los de otra mujer. Entonces se despertaba, y calenturienta y helada á la vez, saltaba de la cama y huía de aquel dormitorio corrompido para refugiarse en la blanca celdita, perfumada con sus más gratos recuerdos. Luego, vestida con un sencillo peinador, metidos los desnudos pies en bordados chapines, se arrodillaba delante de aquella cama á la que nunca profanara un pensamiento venal, y allí, á veces, se le saltaban las lágrimas. ¡Oh! venturosa era para ella la noche en que podía llorar, pues el llanto la acarrearba la postración y la postración determinaba una especie de sosiego.

Durante estos fugaces momentos era cuando Fernanda se interrogaba á sí propia sobre lo que había hecho y se preguntaba si hiciera lo que debía; entonces era cuando ensayaba explicarse una conducta que solamente el instinto la sugiriera; entonces cuando buscaba darse cuenta de lo pasado.

—¿Por qué haberle echado? se preguntaba la joven. ¿Qué crimen era el suyo? Amarme y haberme ocultado que estaba casado, porque me amaba; preferirme, por consiguiente, á su esposa, á aquella á quien el orgullo y las conveniencias sociales le impusieron tres años an-

tes de que me conociese. ¡Y en qué momento, insensata de mí, he roto con él! Cuando este amor se había convertido en parte de mi alma, en una porción de mi propia existencia. ¿A quién he castigado? Primeramente á mí, luego á él; porque ¿quién me dice á mí que él me amaba tanto como yo le amo? ¡Oh! si él siente por mí lo que yo siento por él, sufre la misma pena que yo estoy sufriendo y esto me consuela. ¡Dios mío! ¿quién me hubiera dicho que experimentaría la necesidad de verle sufrir?

Y Mauricio sufría realmente, como decía Fernanda. Todos los días, desde el en que la joven le despidiera, había comparecido en casa de ésta á la hora de costumbre. Entonces Fernanda sentía un instante de dolorosa satisfacción; Mauricio, pálido y trémulo, iba para asegurarse de si la orden de proscripción subsistía, y cada día le veía alejarse sin exhalar una queja, más pálido y más trémulo que la víspera, subir á su carruaje y desaparecer al revolver de la esquina. Fernanda, escondida detrás de una cortina y con la mano puesta sobre el corazón, que ya se le oprimía cual si hubiese cesado de latir, ya se le dilataba cual si quisiese saltársele del pecho, no perdía ni uno de sus movimientos, y acercándose á la puerta de la antesala aspiraba el sonido de su voz. Luego, una vez había partido Mauricio y desaparecido el coche de éste, la joven se dejaba caer en una silla de brazos y le llamaba desde el fondo de su corazón, sin embargo de lo cual no cedía en su empeño. ¿Por qué? Porque la vista de Mauricio había hecho nacer otro género de ideas en su espíritu, al despertar en éste los más recónditos misterios de los celos. Efectivamente, si después de saber que Mauricio estaba casado hubiese continuado recibiendo, la dicha que ahora lloraba perdida ¿no hubiera sido más terrible que el sufrimiento mismo? La más ligera tardanza en llegar, el salir diez minutos antes de la hora acostumbrada, la alteración de sus facciones, una sonrisa menos suave, una preocupación involuntaria, una de esas mil monadas imprevisas en las cuales, en otras circunstancias, no hubiera ni remotamente pensado, habrían turbado á cada instante la con-

fianza en que indolentemente descansaba ella su existencia. Entre la mujer encumbrada y la mujer caída, su conciencia no hubiera sufrido la comparación. El terror súbito, la repulsión invencible que el secreto revelado había dado vida en ella, era, de consiguiente, una inspiración santa que el cielo le enviara y á la que debía seguir. Toda verdad procede de Dios, sea cuál fuere la causa que la hace patente y el efecto que produce. Si Fernanda hubiese continuado recibiendo á Mauricio, éste no hubiera sido desgraciado, ni sufrido, y era menester que lo fuese y que padeciese; tal era el consuelo que hallaba la joven en sus noches de insomnio, tal la compensación de los días en que se veía obligada á reirse. A ella y á Mauricio todavía les unía un lazo, el de una triste simpatía; entre ellos no estaba todo destruido; quedábales un dolor común á ambos.

Pronto sin embargo aguardaba á Fernanda un tormento más doloroso. Una mañana, á la hora en que Mauricio acostumbraba á ir á asegurarse de que su desventura persistía, éste no compareció. Entonces se apoderaron de la joven unos celos inusitados, desconocidos, devoradores. ¡Ah! Mauricio se consolaba, podía olvidar, y ella corría riesgo de verle de nuevo tranquilo, alegre, como con frecuencia le viera, sin que al aspecto de su antigua amante perdiese el color ni se estremeciese. Nunca Fernanda soñara en semejante contingencia, pues le había parecido imposible.

Entonces fué la joven quien, envuelta en largo chal y cubierto el rostro con un tupido velo, se fué á vagar por los alrededores del palacio de la calle de Varennes, en la esperanza de ver á Mauricio. Una puerta cochera entreabierta, un patio solitario, una escalinata sin lacayos, una casa inhabitada, muda de día y sombría durante la noche: ahí lo que respondía á su impaciente curiosidad cada vez que al pasar como una sombra por delante de ella, interrogaba con la mirada aquella tumba.

Y sin embargo, Fernanda continuaba la misma existencia; entregábase á los mismos engañosos placeres á las horas que les destinara; tenía la terrible fuerza de voluntad de vivir en medio de sus frívolos adoradores

y de sonreír al conde Montgiroux, y en su compostura se notaba el cuidado y el gusto de siempre. Por la noche se veía á sus tordillos pisar á la puerta de los teatros, y de día su coche recorrer rápidamente las alamedas del Bosque. En la Ópera parecía prestar oído atento á la voz de los cantores; en el Teatro Francés continuaba aplaudiendo á Celimena ó á Hortensia, y en torno de su cabeza, resplandeciente de juventud y deslumbradora de diamantes, el incienso de la adulación formaba vaporosa nube. En una palabra, vivía en una atmósfera donde la belleza se marchita rápidamente, el cuerpo pierde sus hechizos, el alma se insensibiliza, queda vacío el corazón y se extenua el espíritu; pero comprendiendo por primera vez la importancia de la riqueza, se había aficionado á ella, y con frecuencia acudía al despacho de su notario para firmar escrituras de compra de heredades.

Los más apasionados adoradores de Fernanda eran Fabián de Rieulle y León de Vaux: con la diferencia, empero, que Fabián, que hacía tres ó cuatro años conocía á la joven, fingía para con ella los ademanes de antiguo amante, mientras León tomaba á pecho rodearla de esos mil pequeños agasajos que indican el deseo de lo que Rieulle daba á entender que consiguiera. Fernanda se burlaba de ambos: Fabián, por su fría corrupción y por su seducción calculada, era para ésta un estudio, en tanto que León de Vaux, por su ingenua fatuidad, por lo convencido que estaba de su gentileza y por la afectación de elegancia que imprimía á sus modales, no pasaba de ser un simple juguete. Fernanda había sospechado que el anónimo que referente á Mauricio la escribieran, era obra de uno de los dos, ó quizá de ambos; pero en la conducta de éstos nada pudo darle respecto del particular la menor certeza. Como quiera que sea, si la carta era de León de Vaux, no había conseguido ninguno de los fines que la inspiraran. A los ojos de todos, Fernanda continuaba libre; y es que el corazón de la joven conservaba demasiado amor, su alma adquirido demasiados dolores, para que ni siquiera intentase dar un sentido formal á las palabras galantes

con que le aturdían los oídos; palabras de las que á menudo no hacía el menor caso, ó á las que con frecuencia contestaba con sarcasmo. Su carácter, antes suave y benévolo, se hacía áspero y mordaz; el misantrópico rencor que sintiera nacer en su pecho contra la humanidad desde que la humanidad la hacía sufrir, tomaba creces cada día, y sus ojos, desencantados, no lo veían todo sino por el lado feo, hasta el extremo de desvirtuar las intenciones más sanas. De esta suerte la verdad la conducía á la injusticia, porque la indulgencia indispensable entre los que vivimos no establecía en ella el equilibrio que un poco de ventura proporciona.

—Pero, querida mía, la decía una mañana la de Aulnay, ¿qué le ha sucedido á V. que la cambia por tal modo el carácter? Se vuelve V. verdaderamente inaguantable; está V. desconocida.

—¿Y quién puede jactarse de haberme conocido? replicó Fernanda.

—Se está V. creando enemigos; se lo prevengo á V.

—Esto no demuestra sino que yo quiero conocer la verdad...

—¡Triste provecho! Lo que va V. á conseguir, de continuar de este modo, es que la abandonen.

—No del todo, pues siempre me quedarán los enemigos de que acaba V. de hablarme.

—Está V. amarga, Fernanda.

—Como las plantas que purifican, señora.

—¡Oh! á todo halla V. contestación, lo sé; pero advierta que no existe nadie sin tacha.

—Además, soy tan severa al juzgarme, que no me reconcillo conmigo misma sino cuando me comparo.

—Todo esto está muy en su lugar para la réplica; pero viviendo como vivimos en sociedad...

—Como V., ó fuera de ella, como yo.

—Sí, pero con un poco de maña hubiera V. sido recibida en ella.

—Y aun añadiendo á un poco de maña un mucho de hipocresía pudiera haber sido apreciada en la misma, ¿no es eso?

—No, mujer. Míreme V. á mí, por ejemplo; pues

bien, dicho sea entre nosotras, no hay quien ignore que el marqués de *** es mi amante.

—Es cierto; pero también saben todos que el señor de Aulnay está casado con V.; y además, yo no soy literata; por lo tanto á mí me juzgan según mis actos.

—¿Y á mí, según qué me juzgan?

—Según sus obras. ¿No ha visto V. que una de sus compañeras en letras se ha llevado durante tres años consecutivos el premio á la virtud porque L..., jefe de oficina en el ministerio, no estaba bastante rico para mantenerla?

—¿Conque vamos á verla á V. misántropa?

—No disfruto, como V., de dicha, tranquilidad y consideración bastantes para desempeñar el papel de Filinta.

—Créame á mí, Fernanda, el papel que conviene á toda mujer joven y hermosa es el de Celimena.

—Cuidado con lo que está V. diciendo; no hay Celimena que á la corta ó á la larga no se convierta en Arsínoe.

—¡Ah picarilla! de V. no hay que esperar cosa alguna.

—Soy cual V. me ha hecho, señora; de consiguiente no veo la razón de que no se pueda esperar nada de mí. Es V. descontentadiza, á fe.

—La aconsejo á V. que ahorre; gasta V. un lujo desenfrenado; tiene V. palacio, caballos...

—Es para llegar más pronto al fin que me propongo.

—¡Ambiciosa! Si le parece á V. construirán un camino de hierro para su uso particular.

—No me hable V. de caminos de hierro, los detesto.

—¿Y eso?

—Porque gracias á ellos á no tardar no habrá quien viva lejos de quien.

—Es cierto; pero cuando llegaremos á la frontera de una nación, podremos penetrar en otra, y para determinadas industrias será ventaja evidente la facilidad de trasladarse á San Petersburgo, por ejemplo, en veinticuatro horas.

En pronunciando estas palabras, la literata se le-

vantó, hizo una reverencia irónica y abandonó el salón.

Diez minutos después entraron en él Fabián de Rieulle y León de Vaux, los cuales venían para proponer á Fernanda una excursión á Fontenay-aux-Roses, donde, según ellos, había de venta una deliciosa quinta. Semejante paseo, que distraía del Bosque á Fernanda, era una novedad y por consiguiente ofrecía cierto atractivo; de consiguiente ésta aceptó, y de común acuerdo fijóse la expedición para el día siguiente por la mañana.

Ya hemos visto lo que pasó en Fontenay, antes y después de la llegada de Fernanda; cómo, por su tono y sus modales, supo ésta conquistarse lugar preferente en el ánimo de la baronesa; cómo Montgiroux y la joven se conocieron, y en fin cómo, al nombre de Mauricio, pronunciado delante de ella, y al saber que se encontraba entre la madre y la esposa de su antiguo amante, Fernanda se había desvanecido. Hemos dicho también que, al volver en sí, ésta recobrará al instante el dominio de sí misma, y que su espíritu justo y firme le había permitido dominar la singular situación en que se encontraba.

Las grandes resoluciones y los impulsos generosos son para el alma un como fuego celestial que la sostiene enérgica y libre. En su ruidosa soledad, en el torbellino de su aislamiento forjara Fernanda tantos proyectos y previsto tantas circunstancias, que nada le costaba obrar y hablar. Con todo, nunca supuso, ni en los más disparatados desvarios de su imaginación, que llegase día en que vería de nuevo á Mauricio en la casa misma en que éste vivía, sería recibida en ella por la madre y la esposa de su amante y éstas en persona la conducirían á presencia de él. Pero á Mauricio le mataba la pesadumbre de haberla perdido, cuando ella tenía el valor de vivir en medio de lo que apellidan los placeres; pensamiento que, reanimando de improviso sus abatidas facultades, le permitió unir lo porvenir con lo pasado y recobrar su dignidad en la obra de abnegación que le suplicaban llevarse á cabo: en presencia de dos mujeres respetadas, sintió la necesidad de ser á su vez digna de respeto. Así es que al abrir de nuevo los ojos, no la in-

timidó la presencia de Montgiroux, ni la de los dos jóvenes que la atrajeran al lazo en que había caído; un rayo del cielo acababa de mostrarle en lo porvenir una venganza cual pudiera desear en su corazón. Fernanda había sorprendido á Clotilde y á Fabián en el momento de cruzar una mirada de esas que lo explican todo á las mujeres, mirada audaz y llena de esperanza por parte de Fabián, púdica y casi dolorosa por parte de Clotilde. En un segundo, la joven reunió en su memoria los hechos y agrupólos en su pensamiento, y comprendió que Fabián había sido quien, aunque cargando toda la responsabilidad á León de Vaux, la condujera frente á frente de la mujer de Mauricio; reveláronse claramente á sus ojos todos los cálculos que pudo haberse forjado el espíritu entremetido de Fabián respecto de tal encuentro: el despecho de Clotilde contra su marido, los celos de ésta contra Fernanda, todo debía aprovecharlo el que tramara tal intriga. La joven sintió, pues, lo que, en lo más recio de encarnizada batalla, debe de experimentar el general que adivina el plan del enemigo y comprende que atacándole de cierto modo la victoria no puede escapársele. Fernanda comprendió que era, no el ciego anhelo de los hombres, sino la mano de Dios la que lo prepara todo, y sintió la repentina convicción de que ella, pobre mujer sin nombre, infeliz y despreciada cortesana, era la llamada á devolver la paz á la noble familia en cuyo seno había sido admitida, y á salvar, al mismo tiempo que á Mauricio, la honra de Clotilde.

Con la cabeza inclinada á impulsos de tan elevado pensamiento y fortalecido el corazón con tan santa esperanza, Fernanda subió, entre la señora de Barthele y Clotilde, la escalera que conducía al dormitorio de Mauricio.

X

Según más arriba hemos manifestado, en el dormitorio del joven barón había dos puertas: una que comunicaba con un pasillo, otra, la excusada, situada á la ca-

becera del lecho; apostadas detrás de ésta fué desde donde, el día anterior, la baronesa y Clotilde habían escuchado la conversación sostenida entre Mauricio y sus dos amigos.

Al llegar delante de la puerta mencionada, las tres mujeres se detuvieron.

—Entre V. con precaución, señora, dijo la de Barthele á Fernanda, indicando la puerta que ésta debía abrir; el médico no nos oculta sus temores. El conde de Montgíroux ya le ha manifestado á V. el estado de delirio en que se encuentra el enfermo. Nada le prescribo á V., señora, ni le recomiendo cosa alguna; únicamente le recuerdo otra vez que soy madre y le suplico de nuevo que me restituya mi hijo.

Clotilde permaneció silenciosa.

Á solas las tres mujeres y sin testigos que pudiesen interpretar irrisoriamente la situación respectiva de las mismas, la cortesana miraba con ternura involuntaria á la baronesa y á Clotilde, comprendiendo en aquel entonces cuánto influjo ejercía el amor en el corazón de la madre y cuán patética resignación daba al continente de la esposa la santidad del matrimonio. A despecho de las leyes de la moral y de las preocupaciones sociales, Fernanda vióse revestida de un como sacerdocio al que por muchos conceptos santificaba el sentimiento. La joven hizo, pues, una señal de aquiescencia á las dos mujeres, las cuales se encaminaron á ocupar el sitio que de antemano se reservaran, mientras aquélla, una vez á solas, colocaba la mano en el pomo de cristal de la puerta, que se entreabrió.

Por los ojos de Fernanda pasó un deslumbramiento que la obligó á detenerse. Al mismo tiempo oyó la voz de Mauricio, quien á pesar de interceptarle la vista las cortinas del lecho, adivinara la presencia de su antigua querida, gracias á la intuición que con tanta fuerza se desenvuelve en los enfermos.

—¡Suélteme V.! ¡suélteme V.! decía el joven con acento áspero y suave á la vez y forcejeando entre las manos del médico; ¡suélteme V.! ¡quiero verla antes no me muera!

Mauricio pronunció estas últimas palabras con voz tan dolorida, que produjo idéntico efecto en las tres mujeres; las cuales, á una y movidas por un sentimiento irreflexivo é instantáneo, volaron hacia el enfermo. La señora de Barthele y Clotilde surgieron, pues, una á cada lado de la cabecera del lecho, mientras al pie de éste aparecía Fernanda.

Por un instante reinó un silencio solemne.

Aunque en el aposento sólo penetraba muy escasa luz, Fernanda pudo ver á Mauricio incorporado en su lecho, pálido como un espectro y fijando, con expresión que asumía algo de la locura, los desencajados ojos, encendidos por la fiebre, ora en su madre, ora en Clotilde, ya en ella.

La madre y la esposa, á quienes alentaba la conciencia de su posición, sostenían entre los brazos á Mauricio; pero Fernanda, humilde y trémula, clavada en su sitio á presencia de aquellos dos ángeles guardianes que parecían defender al joven contra ella, se sostenía apoyada en un sillón, no atreviéndose á adelantar un paso. Mauricio exhaló un suspiro, y cual si convencido de que estaba delirando hubiese renunciado á comprender lo que en torno suyo pasaba, cerró los ojos y dejó caer de nuevo la cabeza sobre la almohada.

La señora de Barthele y Clotilde iban á proferir un grito de terror; pero un gesto imperativo del médico mató la voz en sus labios. Detuvieronse, pues, quedando inmóviles, mudas y en pie á cada lado de la cabecera.

Ínterin, Fernanda, que comprendió la importancia de la situación, esto es, que la crisis había llegado y que todo dependía de ella, hizo un poderoso esfuerzo sobre sí misma, y deslizándose con paso de sombra hasta el piano, entreabierto entre dos ventanas, sentóse á él, dejó correr los dedos por el teclado, preludió despacio el aria *Ombra adorata* y empezó á cantarla á media voz con tal sentimiento, que ninguno de los espectadores de aquella escena se sustrajo al influjo de aquella melodía que, semejante á una voz bajada del cielo, á un consuelo maravilloso, á un eco misterioso de lo pasado, flotó por un instante en el aire y fué á envolver al en-

fermo. El cual, dominado por una emoción íntima, abrió de nuevo y lentamente los ojos, se incorporó como en éxtasis, y sin intentar saber de dónde venía el prodigio, escuchó cual si todos los sentidos se le hubiesen refugiado en el alma, mientras el médico recomendaba á los circunstantes la inmovilidad y el silencio. Nada turbó, pues, á Fernanda en tanto duró el aria, cuya última nota vibró y se apagó en medio de religioso silencio. Mauricio, que había escuchado suspendiendo el aliento, respiró como si le hubiesen quitado un peso enorme de encima del pecho. Entonces Fernanda, alentada por el efecto que acababa de producir, se aventuró á mostrarse. Levantóse, pues, del sillón en que estaba sentada, se volvió de cara al lecho y avanzó hacia el enfermo, mientras el médico apartaba una de las cortinas que interceptaban la luz.

Fernanda se reveló á los ojos de Mauricio como una aparición sobrehumana, resplandeciente en medio de una como aureola que en torno de ella formaba la luz el astro del día.

—Mauricio, dijo la cortesana tendiendo la mano al enfermo, que la veía acercarse á su lecho con la ansiedad de la duda; Mauricio, vengo á visitarle á V.

Pero el joven, acordándose instintivamente de la presencia de su madre y de su esposa, se volvió del lado donde él adivinaba que éstas debían de estar, y como viese que continuaban en el mismo sitio, exclamó:

—¡Clotilde! ¡madre mía! perdonenme ustedes.

Y por segunda vez cayó en su lecho, sin fuerzas, con los ojos cerrados y en la postración más profunda.

Fernanda conoció que había llegado el momento de sobreponerse á las consideraciones de delicadeza que hasta entonces la detuvieran y de recurrir al ascendiente que la pasión de Mauricio le daba. Cogió, pues, la mano con que el enfermo se cubría los ojos, y sin demostrar que notara el estremecimiento que su simple contacto hacia recorrer por aquel debilitado cuerpo, dijo con firmeza de acento que conmovió al joven, á quien obligó al mismo tiempo á sufrir el influjo de su mirada y la preponderancia de su voz:

—Mauricio, quiero que V. viva, ¿me oye V.? En nombre de su madre de V. y de su esposa, vengo para ordenarle que se reanime y recobre la salud y con la salud la vida.

Y conociendo, por la agitación del enfermo, que éste iba á contestar, Fernanda le interrumpió el pensamiento, continuando en los siguientes términos:

—A mí es á quien toca hablar y justificarme. ¿Cree usted que únicamente el capricho ha regulado mi conducta? ¿que he vivido tranquila y exenta de sufrimientos, pesadumbres y remordimientos, yo, que no tengo madre que llore en mis brazos, ni amigos en brazos de quienes llorar; yo, desheredada como me veo para siempre de los goces de la familia; yo que, triste y estéril, miro á las demás mujeres llenar en la tierra el santo ministerio que han recibido del cielo? Dígame V., Mauricio, ¿usted cree que yo he sido dichosa? ¿que no he padecido horriblemente?

—¡Oh! ¡sí! ¡sí! exclamó el joven, creo que ha padecido V., necesito creerlo.

—Pues bien, prosiguió Fernanda, mire V. ahora en torno suyo y contemple á tres mujeres cuya existencia pende de la de V., á tres mujeres que le suplican vuelva á la vida. ¡Ah! reflexione V., Mauricio, que con ella devuelve la dicha á dos de ellas y evita el remordimiento á la tercera, y vea si continúa creyéndose en el derecho de morir.

Mientras Fernanda estuvo hablando, pareció que el enfermo aspiraba por sus desmesuradamente abiertos ojos y por su entreabierta boca, una á una las palabras que salían de los labios de aquella. El efecto que la voz de la joven producía en él era inmediato y visible; hubiérase dicho que cada palabra, al penetrarle hasta lo más íntimo del corazón, paralizaba en éste un germen funesto; sus nervios, aflojados como por milagro, devolvían á sus envarados miembros su antigua flexibilidad, y dilatábanse sus oprimidos pulmones cual si en ellos penetrara aire más puro.

Por los labios de Mauricio vagó una sonrisa suave y todavía melancólica, pero al fin la primera que le ani-

mara el rostro desde hacía largo tiempo; luego ensayó hablar, pero ahora impidiósele su emoción y no su desfallecimiento.

El médico, satisfecho de aquella crisis cuyo efecto salutífero previera, recomendó por medio de una seña á los diferentes actores de la escena, que obrasen con prudencia.

—Hijo mío, dijo la baronesa inclinándose hasta Mauricio, Clotilde y yo lo comprendemos y excusamos todo.

—Mauricio, dijo Clotilde, ¿oye V. lo que le dice su madre?

Fernanda guardó silencio, pero exhaló un profundo suspiro.

En cuanto al enfermo, asaz trastornado para concebir ideas bien determinadas, demasiado conmovido para pedir explicaciones, fijó alternativamente una mirada llena de duda, de sorpresa y de alegría en las tres mujeres que estaban en torno de su lecho, tendió una mano á su madre y otra á Clotilde, y mientras éstas se inclinaban hasta él, fijó los ojos en Fernanda, única que podía interpretar el lenguaje de éstos.

Como puede imaginar el lector, el médico no permaneció espectador impassible de la escena por él provocada. Antes al contrario, observó todas las impresiones que sucesivamente experimentara el enfermo, y como viese que consentían previsiones favorables, tomó á su cargo la dirección de los acontecimientos.

—Ea, señoras, dijo el galeo interviniendo con una especie de autoridad respetuosa, no fatiguemos á Mauricio, necesita de reposo. Ahora van ustedes á dejarle solo, y en almorzando ya volverán para distraerle tocando un poco el piano.

Entonces se reflejó una vaga inquietud en los ojos del enfermo, quien fijó una mirada de súplica en Fernanda; pero al objeto de tranquilizarle indirectamente, el médico se dirigió á la señora de Barthele, y designando á aquélla, añadió:

—Señora baronesa, disponga V. que conduzcan á la señora á las habitaciones que la han destinado.

—¡Cómol dijo Mauricio, no pudiendo ahogar una exclamación de alegría.

—Si, contestó con negligencia el médico, la señora viene á pasar unos días en la quinta.

Una sonrisa de admiración y de gozo iluminó las facciones del enfermo.

—Ea, continuó el médico, dando un tono magistral á su voz, ya que ustedes me han constituido en dictador, es menester que me obedezcan. Por otra parte, ello es fácil, pues no solicito sino dos horas de reposo.

Y tomando una pócima previamente preparada, la entregó á Fernanda, diciendo:

—Déle V. esto á su amigo, señora; indúzcale á que no se desasosiegue, y dígale que de no acatar dócilmente todas nuestras prescripciones, V. y nosotros le regañaremos.

Fernanda tomó la medicina y la presentó al enfermo, sin pronunciar palabra; pero su sonrisa era tan deprecatoria, su mirada imploraba con expresión tan suave, era tan bondadoso su ademán, que el enfermo, rebelde hacía tanto tiempo á las órdenes del médico, bebió, cerrando los párpados, para no ver desaparecer el prestigio de aquella realidad gratisima é increíble como un sueño. Así pudo darse á entender que Fernanda no se había separado de su lado, y mecido por tan apacible pensamiento no tardó en adormecerse.

Las tres mujeres, tan buen punto se hubieron asegurado de que Mauricio dormía, se alejaron de puntillas y abandonaron el dormitorio.

La baronesa estaba tan satisfecha del éxito feliz de aquella entrevista, que demostró su gratitud á Fernanda con más familiaridad que no tenía decidido hacerlo desde un principio; pero la señora de Barthele, como ya hemos visto, era mujer que se abandonaba á los primeros arranques, y cuando éstos eran hijos del afecto, casi siempre la llevaban á la exageración.

—¡Oh! señora, dijo la madre de Mauricio á Fernanda una vez fuera del dormitorio, ¡cuán bondadosa ha sido usted al venir aquí para devolvernos á todos la esperanza y la vida! Pero como V. comprenderá, ahora no

puede separarse de nosotros inopinadamente. ¡No, no puede, no debe V. hacerlo! Al abandonar París y sus placeres se sacrifica V. por nosotros, lo sabemos; pero nuestra solicitud para con V. y nuestras atenciones le demostrarán que apreciamos su generosidad.

Por consideración á la esposa de Mauricio, de cuya presencia no parecía sino que la baronesa se olvidaba con frecuencia suma, Fernanda balbuceó algunas palabras. Clotilde comprendió la perplejidad y el recato de la joven, y una vez á la puerta del aposento destinado á ésta, la dijo:

—Señora, uno mi ruego al de mi madre; concédanos usted lo que de su bondad solicitamos, y esté persuadida de que nuestra gratitud será tan grande como el favor que nos habrá dispensado.

—Me he puesto á las órdenes de ustedes, señoras, profirió Fernanda; su voluntad es mi norma; dispongan ustedes de mí.

—Gracias, dijo Clotilde, tomando con ademán de ingenuo agradecimiento la mano á Fernanda.

Pero al sentir que ésta estaba helada, estremeciöse y exclamó:

—¡Oh! señora, ¿qué tiene V.?

—Nada, respondió la joven; no teman por mí, ni en mí se ocupen. Un poco de reposo y de soledad bastarán para reponerme de algunas emociones involuntarias por las que solicito humildemente el perdón de ustedes.

—Pero señora, dijo la baronesa con su impremeditación acostumbrada, si el que esté V. conmovida es lo más natural del mundo. Le quiere á V. tanto ese pobre muchacho, que nada tiene de extraño que también V. le quiera; por lo demás, basta con verla á V. para comprenderlo todo.

Al pronunciar estas palabras la señora de Barthele hizo una reticencia involuntaria, á fin de no herir á la vez el orgullo de su nuera y la modestia de la mujer á quien por una circunstancia tan singular hacia los honores de la casa.

Mientras en el dormitorio de Mauricio y entre éste y las tres mujeres se desenvolvía la escena impregnada de

sentimiento y de verdad que hemos narrado, en el salón ocurría otra mentida y zumbona entre el conde de Montgiroux y Fabián de Rieulle y León de Vaux.

El par de Francia, celoso y temeroso á pesar suyo por el solo influjo de su edad y de su experiencia, sabía por la señora de Aulnay, su fiel amiga, que los dos jóvenes que acabamos de nombrar eran de los que más asiduamente visitaban á su querida. Por otra parte, Fernanda, que no se escondía de cosa alguna porque nada tenía que esconder, salía con ellos, les recibía en su palco, y les trataba con esa intimidad de que siempre están celosos los amantes, cuando, por el contrario, debería desasosegarlos buena cosa menos que la reserva. Al conde, pues, se le ofrecía ocasión propicia de asegurarse por sí mismo del grado de intimidad á que Rieulle y Vaux habian llegado con Fernanda. Las circunstancias eran favorables; pero por una parte, aunque decidido á creer, temía, y por otra queriendo dudar creía. Si en el mundo no existe cosa alguna tan incomprensible como el corazón de una mujer joven, en cambio nada más fácil de comprender que el corazón de un anciano; la desconfianza y la credulidad están en él en perpetua lucha para satisfacción de su vanidad. En el medio social en que Montgiroux vivía, la vanidad desempeña un papel tan grave y tan importante, que con frecuencia suma se la confunde con el amor, sin calcular que éste, como sentimiento emanado del corazón, es demasiado digno de respeto para que sea tan común como se le supone.

Después de reflexionar un instante sobre el modo cómo entraría en materia, y debido sin duda á sus costumbres parlamentarias, el conde empezó su investigación disparando una andanada de reproches, reprendiendo con tono serio y protector á los dos jóvenes por haber conducido á la morada de damas tan dignas de respeto como eran la señora de Barthele y sobrina, á una mujer objeto de las hablillas de todos, á quien acusaba de algo más que de inconsecuente, y quien, por su ligereza y su ignorancia de las costumbres de la sociedad encumbrada, en la que indudablemente nunca habia sido recibida, no

podía menos de producir algún escándalo en la casa en que tan imprudentemente la introdujeran.

Por desgracia, la táctica del parlamentario, excelente en cualquiera otra circunstancia, debía frustrarse en la presente á causa de ciertas sospechas que los jóvenes concibieran respecto de la intimidad oculta del conde con Fernanda, y del interés que, en semejante caso, podía tener éste en conocer la verdad. Así es que, cruzando ambos una rápida mirada de inteligencia, convinieron tácitamente en martirizar de mancomún al viejo amante que pretendía hacer sentir despóticamente la superioridad de su posición de hombre rico. Por lo demás, los dos jóvenes mortificaban por un igual al conde. Fabián, por los humos que se daba de antiguo amante; León, por pretender serlo nuevo. Con todo, y esto se comprende fácilmente, la lucha debía ser más encarnizada por parte del último, pues sobre no estar obligado á guardar ciertas atenciones á la casa de Barthele, ardía en celos, que no por parte de Fabián, el cual, decidido á llevar á cabo sus proyectos acerca de Clotilde, tenía interés en no crearse enemigos en torno de ésta.

León de Vaux fué, pues, quien recogió el guante y contestó á la acusadora improvisación de Montgiroux.

—Señor conde, dijo el joven, convirtiéndose en defensor de la inocencia, permitame V. que refute las sospechas que ha concebido respecto de la señora Ducoudray.

—¡La señora Ducoudray! ¡la señora Ducoudray! repitió Montgiroux con impaciencia que no pudo reprimir; ya sabe V. que esa señora no se llama Ducoudray.

—Tanto lo sé, replicó León, que el nombre ese se lo hemos impuesto nosotros para esta solemne ocasión; pero apellídese ó no se apellide así, no quita que sea una mujer hechicera y que como á todas las mujeres hechiceras la calumnien.

—Calumniar, calumniar, repuso el conde; ¿y por qué calumniarían á esa señora? Vamos á ver.

—¿Por qué calumnia la gente? es extraño que V., hombre político como es, haga semejante pregunta. La gente calumnia porque sí, y nada más. Pero ¿V. no conoce á Fernanda?

—¿Bajo qué concepto me dirige V. tal pregunta? dijo el par de Francia.

—En el de si V. la conoce como los demás la conocen, como Fabián y yo la conocemos, por haber estado en su casa, y sido recibidos en su palco, y admitidos á sus cenas. Ya sabe V. que las cenas que da Fernanda tienen fama de ser las más alegres de París.

—Si, ya sé cuanto acaba V. de decirme; pero á la señora Ducoudray no la conozco.

—Usted dispense; pero aun no hace cinco minutos me ha dicho V. que dicha señora no llevaba tal apellido.

—Ha sido por no decir...

El conde se detuvo confuso.

—¿Por no decir Fernanda? Pero señor, si todo el mundo la llama así; y V. ya sabe que uno de los privilegios de las celebridades estriba en oírse llamar únicamente por el nombre de pila. Es así que Fernanda es una de las celebridades de París más en voga por su hermosura y por su talento, por su finura y su discreción, por su coquetería y su ingenuidad, nada de extraño tiene que por Fernanda y nada más que por Fernanda sea conocida. Todos nosotros, sin exceptuar ni uno, por ladinos y diestros que nos creamos, por más sutilmente que tejamos los ardidés, si en este punto nos comparamos con ella no valemos un arдите. Fernanda posee el arte sublime de dar á sus mentiricas un adorable viso de verdad; en una palabra, sus engaños están combinados de tal suerte, que á las veces uno los toma por actos de abnegación. ¿Cómo quiere V., pues, que una mujer tan superior no se vea calumniada? ¡Vaya, señor conde! Mire V., de mí sé decirle que si no la calumniaba de vez en cuando creería faltar á lo que la debo.

Montgiroux estaba en un potro.

—Ea, León, dijo Fabián acudiendo en auxilio del conde, de quien advirtiera el desconcierto, haces mal en hablar como hablas, y tu ligereza no es admisible, sobre todo en el momento en que Fernanda consiente, por nuestra mediación, en hacer á la señora de Barthele uno de esos favores que de seguro no se lo prestaría una dama de la aristocracia; porque, añadió, el pobre Mau-

UNIVERSITY OF MONTREAL
"ALFONSO DE LESA"
1025 MONTREAL, P.

ricio se moría de amor por ella, y esto es tan cierto, que aquí, en esta casa, nadie hay que en este instante lo ponga en duda.

—¡De amor! ¡de amor!... murmuró Montgiroux.

—Es la pura verdad, señor conde, repuso Fabián con la mayor gravedad. Lo que falta saber ahora es si Fernanda corresponde á la pasión esa, y si por una causa ú otra la ha encerrado en el fondo de su corazón, abismo en el que tantas cosas esconden las mujeres. Ahí el problema, usted, que tanta experiencia tiene del mundo y según pregona la fama conoce tan profundamente á las mujeres, va á ayudarnos á resolverlo.

—De ningún modo, señores, profirió el conde; mucho tiempo hace que no me ocupo en asuntos de semejante índole.

—Los asuntos que aprovechan á la humanidad, señor conde, son dignos de que los hombres más eminentes los examinen.

—Mi querido Fabián, repuso León, te advierto que nos conduces derechamente á las abstracciones filosóficas, siendo así que sólo se trata de las realidades más materiales. El señor conde de Montgiroux ha acusado, hace poco, de ligera, inconsecuente, coqueta é inconveniente á Fernanda, y se ha mostrado temeroso de que su conducta en esta casa no fuese motivo de escándalo. Además ha dicho... ha dicho... ¿Qué ha dicho V. más, señor conde?

—No vale la pena repetirlo, caballero, respondió Montgiroux, toda vez que la señora Ducoudray me es completamente desconocida.

—¡La señora Ducoudray! Ea, me parece que ahora es usted quien se empeña en apellidarla de esta suerte, repuso León de Vaux.

—Me empeño porque he reflexionado, replicó el par de Francia, dando á su rostro la misma gravedad que si hubiese presidido un tribunal de justicia; me empeño, porque conviene que esa joven señora, mientras permanezca en esta casa, ostente un apellido y no un nombre de pila...

—Que se parece al de una meretriz, repuso grave-

mente Fabián. El señor conde de Montgiroux tiene razón que le sobra; tú eres quien tiene los cascos á la jineta, mi querido León.

—Muy bien, caballero, dijo el conde; respetemos la costumbre, pues de ella no podemos separarnos impunemente; yo, por mi parte, confieso que he obrado mal al decir lo que he dicho, desde el momento en que la señora Ducoudray era recibida en casa de mi sobrina.

—Señor conde, repuso á su vez León de Vaux, imitando la seriedad diplomática del par de Francia, siempre y cuando se me habla en nombre de la sociedad, me someto; pero dignese recordar que V. ha sido quien primero ha acusado á Fernanda.

—He hecho mal, dijo con viveza el anciano; no he hablado sino de oídas. ¡Oh! ¡quién fuera tan prudente que nunca patrocinara la murmuración, procedente de no se sabe dónde y nacida sin saber por qué!...

—Dispense V., señor conde, pero en la esencia de cuanto se dice respecto á Fernanda hay algo de verdad.

—Tal vez exageren, replicó el par de Francia, sin advertir que se ponía en pugna con lo que primeramente dijera. En efecto, la reserva de la señora Ducoudray, la honestidad de sus modales, su lenguaje comedido, desmienten las hablillas de que la hacen objeto, y en apuros se vería V., que ha confesado que la calumniaba, de querer probar todo cuanto se dice de ella.

—Pero señor conde, repuso León, ¿acaso conoce V. hoy reputación alguna que no sea hija de las hablillas? Es menester que se hable del prójimo, bien ó mal, poco importa; más vale la maledicencia que no el olvido. Usted recuerda lo que días atrás decía en casa de la señora de Aulnay un académico célebre en otro tiempo: «¡Ah! señora, decía el bueno del académico, se está tramando una conspiración terrible contra mí.—¿Cuál?—La del silencio». Efectivamente, señor conde, el pobre hombre había llegado al extremo de no poder siquiera lograr que dijeran mal de él. Por fortuna no sucede lo mismo con Fernanda.

—Pero en definitiva, caballero, ¿qué dicen de ella? preguntó Montgiroux, ya en el colmo de la impaciencia.

—¿Qué? ¡toma! lo que de determinados hombres políticos, sin embargo de lo cual no son menos considerados: que se prestan á los deseos del primero que se presenta con tal que les reporte dinero y lucimiento. Un palco es respecto de Fernanda lo que la cruz de la Legión de honor respecto de un diputado. Los ministerios cambian y los amantes se suceden: una y otro continúan sonriendo del mismo modo, son igualmente afables, igualmente abnegados, y sobre todo conservan las mismas convicciones; la única diferencia estriba en que las cortesanas tienen la opinión pública en contra y los cortesanos la tienen en pro.

León de Vaux había calculado mal su ataque; al invadir los dominios de la política, se metía en el terreno de Montgiroux, y el veterano hombre de Estado estaba de tal modo curtido por la indiferencia ó por la costumbre, que el ataque, por más que desembozado, ni siquiera le hizo pestañear. Volvió, pues, á aferrarse al único sentimiento que aun tenía el poder de hacerle latir el corazón: el amor, ó más bien dicho, el amor propio.

—Pero en definitiva, dijo, ya que V. conoce tanto á la señora Ducoudray y no se corre de ello...

—¿Correrme de ello? replicó León; al contrario, me envanece.

—¿Podría V. decirme?...

—¿El número de sus amantes? Sí, señor.

—¡Demonio! pues no es poco difícil la tarea que te impones, dijo Fabián, quien, como se habrá echado de ver, no hablaba sino muy de tarde en tarde.

—No temas, ya sabes que yo estaba muy versado en álgebra; así pues, pasando de lo conocido á lo desconocido llegaré al fin que me propongo.

—Supongo que se colocará V. á la cabeza de la lista, señor de Vaux, dijo Montgiroux con amargura.

—No, señor conde, pues no voy á mentar sino los amantes favorecidos, y todavía no me hallo en este caso; el nombre con que voy á encabezar la lista no es el mío, sino el de Mauricio.

—Fije V. la atención en lo que va á decir ahora, repuso el conde, pues desde hace un mes que rompí con

mi sobrino, pudiera muy bien ser que le hubiese sucedido otro.

—Ya he dicho á V. que iría de lo conocido á lo desconocido; tenga V. un poco de paciencia.

—Está en lo justo, dijo Fabián; tengamos un poco de paciencia.

—A Mauricio, continuó León, ha sucedido un personaje misterioso é invisible que se esconde y se vende al mismo tiempo. ¿Quién puede ser? Esto es lo que se trata de descubrir. La hora de que el mencionado personaje puede disponer, es de una á dos de la tarde, y durante esta hora la puerta de Fernanda está desapiadadamente cerrada para todo el mundo. El coche de ese desconocido, que sin embargo permanece en el patio, luce un tronco de alazanes tostados; su palco de la Ópera es uno de los que están situados entre columnas, y á él cede los viernes. Expuestos estos datos, veamos entre tus amigos, Fabián, y entre sus conocidos de V., señor de Montgiroux, quién es el hombre al cual sus graves ocupaciones sólo le dejan libre una hora al día, que tiene un palco entre columnas en la Ópera y cuyo coche luce habitualmente dos alazanes tostados.

—Pues, el del señor de Montgiroux, dijo la señora de Barthele, que entró en el salón en el preciso instante en que León pronunciaba las últimas palabras; los caballos del conde son alazanes tostados.

—¿Y quién no posee alazanes tostados? repuso con viveza el par de Francia; es el color más usual. Pero ya que está usted aquí, mi querida baronesa, ¿que tal va Mauricio?

—¡Milagro! mi querido conde, ¡milagro! exclamó la dama, radiante de alegría; la señora Ducoudray ha estado admirablemente bondadosa y discreta; es realmente una mujer adorable.

Por los labios de León y de Fabián vagó una sonrisa, en tanto que por la frente de Montgiroux cruzaba una nube sombría.

—Sí, señores, adorable, y lo repito, repuso la señora de Barthele al ver el doble efecto que produjeran sus palabras.

—¿Qué maravilla ha obrado, pues, esa dama? preguntó el conde con acento en el cual, pese al dominio que sobre sí ejercía, se traslucía alguna amargura.

—¿Qué ha hecho? exclamó la baronesa; ¿qué ha hecho, pregunta V.? Ante todo, mi querido conde, permítame usted que respire; no impunemente se pasa, como yo acabo de hacerlo, del dolor más profundo á la más viva alegría. Regocijese V. con nosotros, conde: el médico responde de la salud de Mauricio con tal que la señora Ducoudray permanezca en esta casa no sean sino ocho días.

—¿Ocho días, esa mujer? exclamó el conde.

—Ante todo, mi querido conde, permítame le diga que está V. muy severo al llamar *esa mujer* á nuestra hermosa Fernanda. Muchas damas encopetadas la envidiarían, se lo garantizo bajo mi palabra. Es imposible poscer más sensibilidad, más elevación de alma, más tacto, más talento, más gracias que las que adornan á la señora Ducoudray. Todos ustedes se han engañado al juzgarla, estoy segura de ello, ó lo que de ella les han dicho ha sido una calumnia. Yo nada tengo de burguesa, ¿no es verdad? y tengo la pretensión de saber de qué me las hé tocante á buenos modales. Pues bien, apelliden ustedes á Fernanda señora de Chanvry ó de... Montlignón, en lugar de señora Ducoudray, y será tan duquesa como, según me habían dicho ustedes, era viuda de un corredor de cambios ó de comercio, ó de un hombre por el estilo.

—Se lo habíamos dicho á V. para cubrir las apariencias, contestó Fabián; pero ya que V. en la actualidad la conoce, sepa que nunca ha estado casada.

—¿Está V. bien seguro de ello? preguntó la baronesa.

—Segurísimo; por otra parte ella misma se lo ha dicho á V., respondió León.

—Quizá le asista alguna razón para ocultar un casamiento desproporcionado, dijo la señora de Barthele, que estaba en sus trece.

—No, señora; el único nombre con que es conocida la mujer de quien hablamos, es Fernanda.

—Sin embargo, llevará un apellido: ¿cuál es este?

—Lo ignoramos; á lo menos Fabián y yo. Pregúnteselo V. al señor de Montgiroux; tal vez respecto del particular esté más ilustrado que nosotros.

—¿Yo? exclamó el conde, quien no habiendo visto venir la pelota no tuvo tiempo de ponerse al quite. ¿Cómo quiere usted que yo lo sepa?

—¡Diantre! dijo León, como hay quien sabe cosas que los demás ignoran; los secretos no están ocultos sino á medias. Al encontrarse V. y Fernanda frente á frente, ha parecido que los dos se conocían.

—Sí, si tal puede llamarse al encuentro casual en los Bufos, en el Bosque y en los sitios adonde concurre todo el mundo... Conozco de vista á la señora Ducoudray. Pero señores, observen ustedes que están desviando á la baronesa del asunto que en este instante debe interesarnos á todos, de Mauricio.

—Y diga V., querida amiga, ¿qué tal han pasado las cosas? continuó Montgiroux volviéndose hacia la señora de Barthele, seguro de que dirigiéndose al corazón de la madre la conversación iba á cambiar desde luego.

—A las mil maravillas, mi querido conde. Al principio la señora Ducoudray estaba más sobrecitada que nosotras. ¡Pobre mujer! Al llegar á la puerta ha sido preciso que nosotras la empujásemos para hacerla entrar. ¡Oh! á Mauricio le ha producido un efecto mágico. Luego ha cantado... No sé lo que hubiera dado para que V. la hubiese oído, mi querido conde, V. que es tan melómano.

—¿Cómo! ¿la señora Ducoudray ha cantado? preguntó Montgiroux admirado hasta más no poder.

—Sí, una aria de *Romeo y Julieta: Ombra adorata*. Parece que este trozo de música se lo cantaba ella á Mauricio cuando éste la galanteaba; y lo digo porque al oírlo mi pobre hijo ha vuelto poco á poco á la vida, cual si los admirables sonidos que salían de la boca de esa sirena se le infiltrasen de nuevo en las venas. ¡Ah! mi querido conde, concibo que un joven se enamore perdidamente de una mujer semejante, se lo confieso á V.

—Y aun un viejo, dijo León de Vaux, que había jurado no desperdiciar ocasión de herir al par de Francia.

—Pero lo que de todo más me admira, lo que no me explicaré nunca, continuó la baronesa, son los rigores de esa mujer para con Mauricio; ¡parece increíble! dos organizaciones tan á propósito para comprenderse.

—¿Luego Mauricio ha dicho que Fernanda no le había prestado oídos? preguntó con viveza Montgiroux.

—De no ser así me parece que mi hijo no se encontraría enfermo de desesperación, respondió la baronesa.

—Dispense V., señora, dijo León de Vaux; pero también pudiera muy bien ser que un rompimiento hubiese producido el efecto que deploramos.

—¡Un rompimiento! ¿y por qué hubiera Fernanda roto con mi hijo? ¿Dónde habría hallado un hombre de más relevantes prendas?

—Tiene V. razón, señora; pero no todas las relaciones obedecen á impulsos del corazón; las hay que no obedecen sino al cálculo.

—¡Al cálculo! ¡ábsit!... ¡Oh! Caballero, V. no conoce á la señora Ducoudray cuando supone que el cálculo... Mire V., yo hace una hora no la conocía, pero respondería de ella como de mí misma. ¿La señora Ducoudray egoísta? Nunca, caballero, nunca.

—Sea lo que fuere, señora baronesa, continuó León de Vaux, lo que hay de positivo es que Mauricio ha sido desapiadadamente despedido, y esto en el instante en que comenzaba una nueva intimidad. Lo probable es, pues, que su sucesor haya exigido un rompimiento.

—¿Y quién es ese sucesor omnipotente? preguntó la baronesa.

—¡Ah! señora ¿quién lo sabe? respondió León. ¿Le conoces tú, Fabián? ¿Y V., señor conde?

—¿Cómo quiere V. que yo esté enterado de semejantes cosas? dijo Montgiroux.

—Si los hechos han ocurrido como V. dice, repuso la baronesa, prueba que esa mujer tiene conciencia. Muchas otras de la clase á la cual V. pretende que ella pertenece, habrían prometido y no cumplido.

—Verdaderamente tal sucede en ocasiones en materia de amor y aun en el terreno político, ¿no es así, señor conde?

—Dejemos que la señora baronesa continúe explicándose, respondió el par de Francia.

—Pues sí, repuso la señora de Barthele, cuando ha concluido de cantar, y por cierto de un modo admirable, se ha acercado á la cama. Entonces mi hijo, fuera de sí al verla de nuevo y al saber que consiente en quedarse aquí...

—¿De veras se queda? exclamó el conde con inquietud.

—Sí, señor; tan de veras, que la hemos conducido á las habitaciones que le hemos destinado.

—¡Cómo! señora; ¿esa mujer va á albergarse aquí, en esta casa?

—¿Y adónde quiere V. que vaya? ¿á la posada?

—¿Debajo del mismo techo que Mauricio?

— Toda vez que ella debe curarle...

—¡Curarle! ¡curarle! murmuró el par de Francia.

—Lo dicho, curarle. No tengo sino un hijo y quiero salvarlo.

—¿Y mi sobrina, señora? ¿y Clotilde?

—Clotilde no tiene sino un marido y debe procurar lo que yo procuro.

—Pero señora, ¿qué va á decir la gente?

—Que diga lo que quiera, señor conde. No es de la gente de quien está enamorado mi hijo, ni la gente quien le canta el aria *Ombra adorata*. Además, el médico no ha prescrito en sus recetas que le trajesen la gente.

Era indudable que la discusión entre la baronesa y el conde iba á enconarse, cuando se oyó el ruido de un coche, y antes de que aquélla pudiese haber mirado quién llegaba y dar las órdenes convenientes para excusarse de recibir á quien quiera que fuese, un lacayo abrió la puerta y anunció á la señora de Neuilly.

Este nombre, que parecía corroborar los temores de Montgiroux en el instante mismo en que los manifestaba, hizo palidecer á la señora de Barthele, y contrarió á aquél hasta más no poder; pero la de Neuilly era parienta, y no había ya posibilidad de negarse á recibirla.